

Derrota de López Obrador en México y protestas contra Evo Morales en Bolivia

El populismo en Iberoamérica ya le ve las orejas al lobo

En mayo, cuando el populista Evo Morales llegó al poder en Bolivia, todo apuntaba a que iba a nacer una nueva era del populismo en Iberoamérica. Unos meses después, parece que la calma vuelve y los movimientos de izquierdas empiezan a sufrir sus primeros reveses, tras haber perdido las elecciones en Perú y México. Sin embargo, el futuro es incierto y una recesión económica podría generar graves tensiones sociales

Cuando Evo Morales ganó las elecciones de Bolivia y comenzó a fotografiarse junto a Hugo Chávez y a Fidel Castro, parecía que el populismo se cernía sobre una Iberoamérica harta de Gobiernos corruptos. Ante las puertas de las urnas se encontraban unos no menos populistas Ollanta Humala, en Perú, y Andrés Manuel López Obrador en México. Los países occidentales –los grandes inversores en el subcontinente americano– miraban con escepticismo cómo se complicaba la situación política por la precariedad económica y la falta de estabilidad política. Pero esas imágenes triunfalistas de hace unos meses han dado paso a nuevas escenas: los populistas han empezado a verle las orejas al lobo.

Los votantes peruanos, primero, y los mexicanos después, se decantaron por aparcarse el populismo y mantener contenta a la inversión extranjera, imprescindible para las economías de estos países. Hugo Chávez, Evo Morales y Fidel Castro despertaron de un sueño que apenas duró unos meses, el de una Iberoamérica de izquierdas que acabara con lo que ellos consideran un capitalismo que les explota. Y, al despertar, se dieron de bruces con la dura realidad.



Explotación de gas en Bolivia

Problemas para Evo Morales

A Evo Morales, que lo primero que hizo al llegar al poder fue nacionalizar el petróleo, se le complicó enormemente la gestión de la indudable riqueza del país, que antes estaba en manos de petroleras extranjeras. El siguiente paso fue una huelga seguida de manera masiva en las regiones que levantan la maltrecha economía boliviana. Y las protestas contra algunas decisiones poco democráticas tomadas en cuanto al proceso de elaboración de la futura Constitución.

«El futuro a corto plazo pinta mucho mejor que a principios de año», explica a *Alfa y Omega* el profesor Fernández Barbadillo, colaborador del Grupo de Estudios Estratégicos y experto en cuestiones relacionadas con Iberoamérica. Y «parecía que la ola de populismo antioccidental en Iberoamérica era imparable», añade este investigador, en un estudio que titula *Los iberoamericanos rechazan la Internacional Populista*.

Sin duda, el mapa político se ha transformado con los resultados de las últimas citas electorales. El último ejemplo, el mexicano, ha sido una clara muestra de ello. La población se ha dividido por completo entre el candidato populista, Andrés Manuel López Obrador, y el conservador, Felipe Calderón, que ha ganado por un margen mínimo de votos, algo más de doscientos mil. Eso significa que cerca de quince millones de electores votaron a los populistas y otros quince millones de electores votaron a los conservadores.

Como explica don Pedro Fernández Barbadillo, eso no puede significar que haya quince millones de pobres que abogan por el populismo y quince millones de ricos que abogan por el liberalismo económico, porque es obvio que en México no hay quince millones de ricos. Lo que ha ocurrido es que los votantes han aprendido la lección en carne ajena. Han visto el ejemplo de Bolivia, las reticencias de la comunidad internacional a aceptar a unos Gobiernos que llegan al poder a través de las urnas pero que, nada más ocupar la presidencia, actúan como si hubieran dado un golpe de Estado.

Es lo mismo que ha ocurrido en Perú, donde, en palabras de Sephen Johnson para el Grupo de Estudios Estratégicos, los electores «escogieron el menor de dos males y devolvieron a la presidencia a un izquierdista moderado, en lugar de a un demagogo en ciernes, deseoso de imponer las políticas autoritarias de la Cuba de Fidel Castro y de la Venezuela de Hugo Chávez».

Brasil está ya en tiempo electoral y todo apunta a que volverá a subir a la Presidencia el socialista Luiz Inacio Lula da Silva. Este antiguo sindicalista, líder del Partido de los Trabajadores, que hizo temer a todas las empresas europeas y norteamericanas cuando llegó al poder, ha resultado ser bastante pragmático en el terreno económico, de modo que Brasil no caerá en el populismo. Tampoco es en absoluto populista, aunque sí de izquierdas, la Presidenta de Chile, Michelle Bachelet, que ha optado por una política económica basada en la buena gestión y en la búsqueda de acuerdos comerciales con la Unión Europea y Estados Unidos.



Manifestación contra la falta de control de las reservas de gas en La Paz (Bolivia)

El grave problema del cambio de paradigma internacional

El problema del populismo es que tiende a desbaratar todo lo anterior. Dos ejemplos muy recientes son los de Bolivia y México. En Bolivia, Evo Morales llegó rompiendo los esquemas de trabajo precedentes. Empresas como la petrolera española Repsol-YPF tenían firmados contratos con el Estado boliviano que, para Morales, son papel mojado. Esto genera una enorme inestabilidad jurídica, uno de los elementos que más valoran los inversores a la hora de arriesgarse a destinar dinero a nuevos mercados. Para colmo, con Gobiernos de este tipo no resulta demasiado eficaz para las empresas perjudicadas el embarcarse en largos y complejos procesos de arbitraje internacional, porque es posible que Evo Morales decida no acatar la sentencia. De este modo, cambia totalmente el paradigma internacional, basado en la confianza en que

A pesar de estos signos positivos, no se pueden echar las campanas al vuelo. Por un lado, la economía iberoamericana sigue siendo inestable y el populismo perjudica. Por otro, en el seno de cada país se empiezan a vislumbrar graves tensiones que podrían convertirse en brotes violentos fácilmente. En México, por ejemplo, los seguidores de Andrés Manuel López Obrador no han aceptado el triunfo de Felipe Calderón y amenazan con un Gobierno paralelo. En Bolivia, Evo Morales ya ha recurrido al Ejército para acallar a los huelguistas que se oponen a su política económica. Pero, sobre todo, lo que puede empeorar las cosas es una recesión económica.

La Historia se repite

El empobrecimiento de la población por la falta de crecimiento económico ocasionada por la carencia de infraestructuras generará un tremendo descontento social que, en el mejor de los casos, acabe en una vuelta a las urnas. El problema es que la historia de Iberoamérica hace pensar en un ciclo diferente. Como recuerda el diplomático español don Raimundo Bassols, buen conocedor de la realidad del subcontinente, el ciclo político iberoamericano, con ciertas excepciones y ritmos distintos, se ha basado en este esquema: primero llegaron los Gobiernos populistas que alzaron a los pueblos contra la metrópoli; después, ante la incapacidad para sacar los Estados adelante y evitar la pobreza, se sucedieron los golpes militares y las dictaduras de distinto signo y crudeza. Por fin, tras las dictaduras llegaron las democracias más o menos liberales y la apertura de los mercados; por último, y ésta puede ser la etapa actual, ante la corrupción generalizada del poder y la desconfianza en la clase dirigente, el pueblo vuelve a elegir para su Gobierno a líderes populistas como Evo Morales, Hugo Chávez, o incluso Néstor Kichner en Argentina. Según este esquema, el fracaso del populismo podría suponer el retorno de los militares y el fin de la democracia, un panorama muy poco alentador.

Aún hay otra posibilidad peor: las guerras civiles. Si se toma el ejemplo de Bolivia, aunque ahora una contienda militar pueda parecer remota o poco probable, no sería tan fácil de descartar. Los bolivianos no son, ni mucho menos, todos iguales. Evo Morales salió elegido por una sorprendente mayoría del 53,7%, pero representa a unos grupos muy específicos de la población. Es un indígena que da voz a los miles de indígenas del país y, en particular, a los cocaleros. Pero la vida de estas poblaciones, las más empobrecidas, no tiene nada que ver con la vida de los que han prosperado en la región de Santa Cruz. Allí la población, en su mayoría criolla, se ha sumado al tren económico mundial. De hecho, hay muchas voces entre la población santacruzina que solicitan una mayor autonomía. En una situación de extremado descontento no sería irreal pensar en un conflicto bélico.

Las circunstancias empeorarían mucho si lo que se ve como un populismo ideológico cargado de buenas intenciones para con los más pobres, se transforma en un sistema de corrupción parecido al que criticaba Evo Morales, pero con diferentes destinatarios para las ganancias. La corrupción es la gran lacra de Iberoamérica. Con las necesidades primarias apenas cubiertas, es fácil que los nuevos políticos de izquierdas caigan en la tentación de llenar su saca de la misma manera que antes lo hicieron otros políticos de signo contrario. Esto no significa que este dirigente o aquél sean unos ladrones. De hecho, posiblemente ellos sean los que mejores sentimientos tengan y los que no toquen para sí el dinero público. Pero ¿se puede responder de todos los cargos políticos de un Gobierno? Por desgracia, la corrupción ha sido el gran mal de la política iberoamericana.

La versión optimista

La llegada de Evo Morales al poder, el acercamiento a Hugo Chávez, a Fidel Castro, a Néstor Kichner y a Luiz Inacio Lula da Silva no es vista con malos ojos por todos. Muchos consideran que, gracias a estos políticos, se han evitado sangrientas revoluciones protagonizadas por el enorme descontento social. De hecho, es verdad que tras estos populistas hay una justa reclamación por parte de las sociedades de los países subdesarrollados y en vías de desarrollo, para evitar la excesiva explotación de sus recursos naturales.

Posiblemente, las empresas extranjeras contra las que tanto protestan algunos Gobiernos de izquierdas iberoamericanos tiene contratos abusivos. En el caso de Bolivia, se sabe que otros muchos países subdesarrollados están sacando mucho más partido a la inversión extranjera. Si con la nacionalización se consigue que se quede más dinero en el país, se habrá avanzado mucho. El problema es que ese dinero no se quede en manos de unos pocos. Y es ahí donde habrá que esperar para ver qué son capaces de hacer los nuevos gestores.

Si el capital no se marcha

Respecto al riesgo de fuga de capitales, puede no ser tan real. Es

los diferentes Estados aceptarán las reglas de juego que ellos mismos han decidido establecer.

En el caso de México, el conflicto se produce porque el candidato que se ha quedado a las puertas de la presidencia, el populista Andrés Manuel López Obrador, no ha aceptado los resultados electorales emanados de las urnas el pasado 2 de julio. En un primer momento, impugnó buena parte de los votos bajo acusaciones de fraude. Un tribunal revisó el proceso y determinó, definitivamente, que la victoria correspondía al conservador Felipe Calderón. Entonces, López Obrador decidió que no estaba de acuerdo con el resultado y que no lo acataría. Y llegó al extremo de asegurar que va a organizar un Gobierno paralelo. Esta situación no beneficia en absoluto a los mexicanos, puesto que el país se convierte en un foco de inestabilidad poco atractivo para las inversiones extranjeras. Y eso siempre genera regresión económica. Además, un enfrentamiento de la población como éste es un polvorín a punto de estallar, y basta una pequeña chispa para que se desate la violencia. Para la comunidad internacional, un Gobierno paralelo no es más que una muestra de debilidad del país.



Vertedero en Nicaragua

La visión de Felipe Calderón sobre los riesgos del populismo para Iberoamérica

En una entrevista concedida al diario El Mundo por don Felipe Calderón, entonces aún candidato a la presidencia de México, el político conservador hacía la siguiente lectura de los riesgos del populismo para el subcontinente americano: «Iberoamérica está decidiendo entre dos visiones. Una que la arrastra hacia el pasado, al estancamiento, y que le cierra las puertas al mundo globalizado que vive una revolución tecnológica que transforma las relaciones económicas, productivas y la vida misma de los países. Son políticas públicas centradas en propuestas demagógicas que han traído ciclos que han arruinado las economías de nuestros países. Son propuestas que consideran que el motor generador de empleo es el Gobierno y entonces se eleva el gasto por encima de su capacidad de pago. Se endeudan nuestros países y llega una crisis económica que tiene que pagar la gente más pobre. Ésa ha sido, en síntesis, la historia de la mayoría de los fracasos económicos en Iberoamérica. Y ésa es la propuesta que encierran Gobiernos demagogos, que yo ni siquiera llamo populistas. La otra opción es la que puede generar que América Latina se convierta en una región competitiva en el mundo, capaz de atraer y generar inversión, crear los empleos necesarios y elevar la

verdad que los nuevos gobernantes populistas han llegado pisando fuerte, con medidas que han hecho estremecerse al capital, pero también es cierto que, probablemente, no tienen lo que se podrían llamar *tendencias suicidas*, es decir, son conscientes de que les interesa negociar, llegar a acuerdos por los que las empresas extranjeras ganen algo, aunque ganen menos. A pesar de los riesgos, para las empresas europeas, Iberoamérica es un mercado necesario en el que desarrollar su actividad. Además, los ánimos se han serenado enormemente al comprobar que el primer impulso populista, que amenazaba con transformar el panorama político iberoamericano, ha perdido mucho fuelle y se modera cada día más.

calidad de vida de sus gentes. Es una opción que, en lo económico, genera condiciones de competitividad. En lo social, centra el gasto del Estado en corregir las desigualdades y, en el campo internacional, tiene una política exterior abierta.

María Solano Altaba

